

## Pedro Murlane Michelena y el pensamiento reaccionario

### Pedro Murlane Michelena and the Reactionary Thought

Eduardo Creus Visiers  
Università degli Studi di Torino

#### RESUMEN

Análisis de algunos aspectos centrales de la obra ensayística del escritor español Pedro Murlane Michelena, considerados en relación con su ideología falangista y en el contexto del auge y declive de los totalitarismos europeos.

**Palabras Clave:** Murlane Michelena, pensamiento totalitario, falange, nacionalismo, franquismo, ensayo.

#### ABSTRACT

Analysis of some central aspects of the work of the Spanish writer Pedro Murlane Michelena, considered in relation with his fascist ideology and in the context of the summit and decline of the European totalitarianism.

**Key words:** Murlane Michelena, Totalitarian Thought, Falange, Nationalism, Franquismo, Literary Essay.

De la obra ensayística de Pedro Murlane Michelena (Irún, 1888-Madrid, 1955) se ha dicho que ha contado menos en la historia de nuestras letras que la personalidad de su autor; puede agregarse que esa preterición de la escritura al talento de su artífice no es achacable a demérito de una obra tan marginal como sugestiva. Entre los contemporáneos de Murlane mereció su ensayismo juicios dispares. Una historia de la literatura lo denigra injustamente, otra lo valora acaso en exceso: en ambas el somero dictamen no parece exento de prejuicio ideológico, dada la radical adscripción política del escritor y las circunstancias de quienes emiten tan contrapuestos veredictos críticos. Pero lo más común es el silencio: en los manuales sobre el moderno ensayismo español el nombre de Murlane muy rara vez comparece, los estudios sobre su

época suelen mencionarlo muy de pasada, los análisis dedicados a su obra literaria han sido exiguos, y sólo el segundo de sus tres libros se ha editado modernamente<sup>1</sup>.

La prosa de Mourlane se cuenta entre las fundadoras de un estilo literario destinado a proliferar en la España de posguerra. Su retórica clasicista, ampulosa y graciesca, es tan rancio distintivo como el de su temática previsible, a vueltas con el más encendido imperialismo y la veneración rendida de la España eterna: la de los siglos áureos de nuestra pintura y nuestras letras; la que halla en remotos ancestros hispanorromanos sus esencias; la de la interminable sucesión de episodios históricos tan mal llamados Reconquista, de las piraterías ultramarinas que la siguieron y, en general, de toda cosa acaecida después y que

---

<sup>1</sup> El primer libro de Mourlane, *Inquietudes*, impreso en Valladolid en 1906, es una recopilación de breves narraciones de muy limitado interés; en 1915 la Biblioteca de Amigos del País publica en Bilbao su *Discurso de las armas y las letras*, que aún escritos aparecidos en la prensa, ya bien representativos del pensamiento y el estilo de Mourlane, y cuya reedición en 1991 corrió a cargo de José Fernández de la Sota; el tercer libro, *Arte de repensar los lugares comunes*, es obra póstuma, publicada en Madrid en 1956 y consistente en una selección de artículos y ensayos de los años cuarenta y cincuenta. El material recogido en estos volúmenes constituye una pequeña parte de la obra de Mourlane, cuya repercusión ha sido escasa pese a haber influido en escritores como Álvaro Cunqueiro, Dionisio Ridruejo, Pere Gimferrer o Francisco Umbral. En su *Historia de la literatura española*, Juan Hurtado y J. de la Serna y Ángel González Palencia lo mencionan entre los «brillantes cronistas de la victoriosa guerra de liberación» (1949: 966). En *Literatura española contemporánea 1898-1950*, redactada y publicada por Juan Chabás en las difíciles condiciones de su exilio, se alude a Mourlane en dos ocasiones: sirve en la primera para la descalificación de la política cultural del régimen franquista, y en la segunda viene a colación a propósito de una crítica del juicio expresado por Díaz-Plaja en su *Historia de la literatura española*: «Y refiriéndose [Díaz-Plaja] a la prosa, afirma en el mismo volumen: «La prosa contemporánea se orienta en un sentido neoclásico, tendiéndose al estilo trabajado, solemne y lleno de reminiscencias antiguas». Luego de citar como insignes modelos de la literatura contemporánea en España a nombres tan poco representativos, por la escasez y lo endeble de su obra, como los de Víctor de la Serna, Mourlane Michelena, Sánchez Mazas, Eugenio Montes y Luys Santa Marina [...]» (Chabás, 2001: 661-662). Elogia Ángel Valbuena Prat la madurez de estilo y la vasta formación cultural de Mourlane, a quien dedica en su *Historia de la literatura española* breves líneas de encomio: «Por sus contactos con la obra y el espíritu de Ramón de Bastera, es este capítulo el adecuado para albergar la noble figura de Pedro Mourlane Michelena (1888-1955), vasco, de Irún, que formó con el bilbaíno el grupo «Escuela Romana del Pirineo». Periodista en *El Sol* y *Arriba*, vigoroso hablista en sus ensayos de las revistas *Escorial* y *Vértice*, y en el tono científico de la *Revista de Estudios Políticos*, fue un escritor de raras cualidades, a pesar de no publicar libros. El *Discurso de las armas y las letras* (1914) constituye una excepción. Su compleja cultura, su potencia crítica, su estilo retorcido y muy vasco se reunieron en una noble personalidad» (Valbuena Prat, 1950: 625). En su estudio sobre el ensayismo español, Donald W. Bleznick dedica espacio a la figura de Mourlane —lo cual no deja de ser sorprendente, en un texto de tan modestas dimensiones como el suyo— para subrayar su «gran influencia en un grupo de escritores de la generación siguiente» (Bleznick, 1964: 96). Se trata, como se ha dicho, de excepciones a un general olvido entre los contemporáneos, de unos y otros credos, de Mourlane.

de mil leguas se parezca a hazaña patria. Con entusiasmo enarbola Mourlane esas banderas de su incombustible militancia falangista, y la pobreza intelectual de un discurso acalorado por los fervores de todo buen nacionalismo bastaría para entibiar nuestro interés o apagarlo por entero si otras cualidades no lo singularizaran. Porque la escritura de Mourlane no se agota en el horizonte ideológico de los adalides del ultranacionalismo o de la España unitaria y «sin problema», sino que acaba por abrirse a espacios más vastos y mejor aireados. Arte de la dispersión o el puro capricho, la más errática de las curiosidades lo espolea y desboca, inhabilitándolo para el adoctrinamiento. Entregarse a sus divagaciones eruditas resulta azarosa experiencia intelectual, un no saber muy bien por dónde vamos ni adónde tendrá a bien llevarnos. Tal vez sea ese, precisamente, el mayor de sus encantos. O lo es quizá la casi ingravidez de un discurso hecho de largos remansos digresivos y libres asociaciones, que exige un lector sutil, sensible a la sugestión de todo ejercicio de destreza literaria y dispuesto a entregarse sin prejuicio al goce de la palabra.

Bajo la ostentación de un caracterial estilo en que el virtuosismo es a menudo indistinguible del exceso, una extraña fragilidad acaba por asomar a la escritura de Mourlane capaz de trascender las formas de la prepotencia doctrinaria y el rencoroso triunfalismo, tan propios de otros correligionarios suyos, para devolvernos por inusitadas vías a la más civil y genuina tradición humanista del ensayo. Lo vio bien José Luis López Aranguren en su muy apreciable «Aprecio de don Pedro Mourlane»:

A quien está habituado a la prosa de corto aliento que hoy predomina en nuestras letras, estrechamente ceñida a un tema muy concreto, la amplitud temática de Mourlane y el hilo tan laxo que une a sus divagaciones, tiene forzosamente que maravillarse. Y en seguida el afán de comprender suscita esta pregunta: ¿Qué insólita manera literaria es ésta? Nunca la crónica, por descontado; pero tampoco la monografía o el estudio, la crítica ni el «ensayo», en el sentido moderno, de Ortega o de cualquier otro. Con este ensayismo nada tiene que ver la labor de Mourlane, pero con el ensayismo humanístico, en el sentido de Montaigne, sí (López Aranguren, 1977: 113-114).

¿Pero qué ensayismo a lo Montaigne es este, en que un desusado pudor impide toda condescendencia a lo autobiográfico? ¿Qué lo avecina a la tradición literaria europea que desde el mismo inicio del siglo XX señala el rumbo de nuestro mejor ensayo? «El yo de los problemas individuales —observa Aranguren— ha sido reprimido, y no sólo en la literatura, sino, según sospecho, también en la vida». Síntomas los hay, ciertamente, de esa represión en la escritura; hasta en los casos en que la página nace de una explícita circunstancia personal, queda esta amparada en la elusiva impersonalidad del estilo y casi oculta en su exuberancia oratoria:

Verano sobre el Danubio, y miles y miles de bañistas en las termas y en las piscinas que un potente numen, el *genius loci*, imanta. *Extra Hungariam non est vita*,

*si est vita non est ita*. Allí, junto al Danubio, se sentía en bronce, en música y en agua viva de mil hontanares, la eternidad del ser de Europa. El hombre pasa, ciertamente; pero el Danubio, río bautismal de tantas ciudades, con su canal y su alvéolo, adyacentes a los del Rhin, el Elba, el Oder, el Vístula, el Po y el Adige; el Danubio, río político, militar, literario y mercante, queda. Ese día de verano en que oímos la voz de bronce de Rakoczy, había sobre los puentes relámpagos de estío y tronaba el *rubato tempo*. Danubio, río divino; en el bronce, en la música, en el agua, nos sabíamos firmes (Mourlane Michelena, 1956: 96-97).

La ampulosidad enmascara, insospechadamente, una rara timidez; una reticencia al protagonismo. Nada más lejos, pues, de la egolatría literaria que prolifera entre sus contemporáneos y halla expresión tumultuosa en el ensayo de Unamuno. Mourlane se nos muestra de modo muy distinto. Bajo el sustrato retórico queda, dice Aranguren, el yo empírico, y en la superficie encontramos uno ideal, trasunto y voz de «toda la tradición clásica, católica y europea» de que se nutre su ensayo. Lo singular, cabe añadir, es que ni el peso de esa tradición ni la apariencia monolítica de los principios y convicciones sostenidos aciertan a impedir un humanísimo reconocimiento de la propia incertidumbre. Tal vez, dadas las fechas, pesa ya el posible enfriamiento de viejos entusiasmos en esta confesión entrizada en su «Reflexión polémica en el centenario de Quevedo», pero no deja de ser síntoma de un pensar al que ni embriaga, al modo unamuniano, la duda ni tampoco lo acobarda:

No somos, en 1945, los de 1940, ni en rigor ni a la letra, los de 1933. Quien más, quien menos, discrepa cada siete años de sí mismo. La duda misma es duelo entre las dos mitades del ser. No se piensa sino sitiando nuestras posiciones más íntimas hasta que se nos entreguen. El utopista lo es, no porque planea ciudades en el sol o la luna, sino porque disiente del universo. [...] Disentir es preciso y mudar la piel del alma, cada siete años (1945: 5)<sup>2</sup>.

«Disentir es preciso»: de ahí la beligerancia intelectual de Pedro Mourlane y ese aire de inconformismo tan afín al pensamiento reaccionario. Pensar, para Mourlane, «es combatir», elevar la discrepancia a sistema. Hasta la lectura pierde su rango de cívica actividad humana y se torna un «batallar con el libro para que no nos capture ni nos guarde en rehenes del poder impreso» (1945: 6). No hay otro modo de llevar a término esa lucha, retóricamente subrayada en la acumulación exasperante de vocablos bélicos («duelo», «sítio», «captura», «entrega...») que la renovada conquista de las propias convicciones: tan arduo resulta acceder a una pasajera certidumbre. Montaigne dice:

<sup>2</sup> «Reflexión polémica en el centenario de Quevedo» apareció en el número 78 de *Vértice* en 1945. Mourlane lo refunde en su denso «Las letras y el pensamiento en la Europa de hoy», que publica *Escorial* cuatro años más tarde. A la frase «Quien más quien menos, discrepa cada siete años de sí mismo» añade Mourlane la nada gratuita coletilla: «dentro de un sistema, si es hombre de bien» (1949: 24). En marzo de 1932 había escrito en una de sus crónicas para *Acción Española*: «Quien más, quien menos necesita cada tres años discrepar un poco de sí mismo».

«Sólo una debilidad individual nos hace contentarnos con lo que otros o nosotros mismos hemos encontrado en esta prosecución del conocimiento. [...] Contentarse es signo de espíritu menguado o de cansancio. No hay espíritu generoso que en sí se detenga, sino que va adelante, más allá de sus fuerzas propias. Si no se afana, y avanza, y retrocede, y gira, no está vivo sino a medias» (2003: 907). Nuestra obra progresa, dice también Montaigne, porque no somos ya los que hemos sido ni vemos como hemos visto: «Es mi obra un registro de diversos y veleidosos accidentes y de imágenes indecisas, y hasta quizá contrarias, ora porque yo mismo sea otro, ora porque yo desmencue los temas según otras circunstancias y consideraciones» (2003: 684). Si Montaigne pudiera pisar más firme «no seguiría ensayándose»; ¿escribiría Mourlane si la palabra no fuera arena de una lucha sin tregua de su intimidad? Pero llega sólo hasta aquí la analogía, porque en Montaigne nuestro «yo auténtico» no es la oscura verdad hacia la que tiende el esfuerzo insuficiente del conocimiento, sino, como tan agudamente lo ha visto Jean Starobinski, esa misma tensión y esa insuficiencia. Mourlane nada concede al relativismo; aceptar que vacila el espíritu o la verdad fluctúa equivaldría a reconocer la impotencia del pensamiento, a negarle espacio a ese duelo de la inteligencia que aviva sus belicosos entusiasmos. A la verdad puede y debe accederse desde un esfuerzo decidido, capaz de asumir los riesgos de la contradicción o el extravío momentáneo, únicas atonías que parece dispuesto a tolerarse. No sabemos si en lo que bien definió José-Carlos Mainer (1971: 31) como «preocupación por un estilo viril y poético de la vida» encaja del todo esa interna discrepancia crónica que cada siete exactos años aqueja a nuestro autor (obediente aquí al dicho que glosa Gracián en su *Oráculo*) y parece dejar un vago regusto de laxitud o incoherencia, bien que baste una sola de sus aceras frases para disiparlo al punto, en viril y, a su modo, poético *rappel à l'ordre*. Los ejemplos abundan en sus ensayos; conformémonos por ahora con esta rotunda estampa de corajuda hidalguía cristiana elevada a definición de lo español genuino: «Tres son los tiempos de la elegancia española: el de estar a la jineta, el de estar de hinojos y el de decirle a la muerte: ¡Vámonos!» (1956: 91)<sup>3</sup>. Y añadamos que con lo que sí encaja el esteticismo de raigambre neoclásica que gobierna la prosa de Mourlane es con el programa de regeneración literaria a que quiso consagrarse la intelectualidad falangista desde el fin de la guerra civil hasta bien mediados los años cuarenta: tarea no exenta de malestares y conflictos internos, como hoy sabemos. Tal vez sean las tensiones propias del desajuste entre la exigencia dogmática y la vocación intelectual las que afloran en su interpretación de la duda como «duelo entre las dos mitades del ser» del pasaje arriba citado.

«Evitamos siempre el dictamen perentorio. Nos place más volver sobre el

<sup>3</sup> La misma frase comparece en otros dos ensayos recogidos en *Arte de repensar los lugares comunes*: «El cardenal» y «El solar y el linaje de San Ignacio de Loyola».

asunto o, si se quiere, examinar, fluctuar, divagar», dice el Mourlane que en 1914 anuncia su inesperada aliadofilia. Y a esta declaración, ejemplarmente definitoria de su ensayismo, precede una muy notable confidencia:

La civilización es sensibilidad, más sensibilidad, tornamos a escribir. Los aforismos glaciales, cuando están torneados con elegancia, nos deleitan. Pero en el fondo de este dandismo late violentamente nuestra sensibilidad. Somos adictos a la estética y posamos a veces de impasibles. Pero un día, de pronto, nos mezclamos a las querellas de la multitud. Aunque los elegíacos son los canallas, o lo eran más bien en los breviaros de la distinción en 1880, somos elegíacos. Miramos con inquietud en el puerto o en los andenes a los menestrales que se repatrián. Nos condelemos del paro de la mina, del taller, de la tienda. Deploramos, con simpatía cordial hacia el menesteroso, el alza de la harina y el carbón. No por eso declina nuestro idealismo habitual (1991: 26).

Sobre el indisimulado esteticismo de Mourlane parecen gravitar consideraciones que lo invitan a suspender el juicio a propósito de la realidad atroz de la guerra europea. Aun si su «idealismo habitual» no ha sufrido menoscabo, como se apresura a agregar el autor, la renuncia al «dictamen perentorio» comporta aquí abandono a un divagar de su escritura que acaba por parecerse mucho al silencio. «Polentini estratega», otro válido ejemplo de su eufónica vacilación ante la guerra, confirma un ademán retórico que se revela ocultamiento, palabra encubridora y elusiva. Pero ¿tiene algún sentido que semejantes reparos le impidan pronunciarse en pro o en contra de la guerra en un volumen aparecido en 1915, en plena contienda mundial, bajo el título *El discurso de las armas y las letras?* Y, por lo demás, artículos del mismo libro como «El cuarto Renacimiento», del año 14, «Se recuerda a Mauricio, elector de Sajonia» o «Joffre, estratega» desmienten tales reticencias, y hasta en «A un doctor de Marburgo» hallamos, bajo el amparo de la autorizada opinión del filósofo Bergson, una justificación moral de la escabechina: «A la fuerza que se nutre de su propia brutalidad oponemos la que busca fuera de ella, por encima de ella, un principio de vida y de renovación. Aquella se agota paulatinamente: la nuestra se rehace sin cesar. Vivamos sin temor. Esto matará a aquello» (1991: 46)<sup>4</sup>. No ha de pasar el lector la página sin descubrir la filigrana; la objeción ética se disuelve en pose estética y el idealismo es «hábito» por lo inflexible.

<sup>4</sup> De 1932 es esta afirmación de Mourlane: «Creemos que la guerra con sus ritos de sangre, como el amor con los suyos, es irresistible cuando, según Du Maistre [*sic*], cae del cielo» (*Acción Española*, 5, 16 de febrero de 1932, p. 531). Y en otra crónica, «Antiguos somos», escrita en 1943 para la *Revista de Estudios Políticos* (9-10, p. 189), afirma: «No somos, eso no, pacifistas, y pedimos a Dios que nos libre de la efusión filantrópica. Que ni hoy ni nunca el beso horade con su poder sumiso la espada. Vivir es contender, y la fortaleza —no se olvide— uno de los dones del Santo Espíritu. Malhaya aquel que ignora la grandeza de las batallas y olvida que muchas veces el Señor escribe derecho con letras torcidas».

Pero disentir es preciso, y por lo visto, hasta de uno mismo. Será por eso que Mourlane no tiene empacho en mostrársenos tan pronto apostado en las plazas fuertes del reaccionarismo europeo como admirador de las que juzga imparcialidad y templanza azorinianas ante el conflicto bélico<sup>5</sup>. «Si abrimos al azar los libros de Joubert —escribe— veremos que están, lo mismo que los de Azorín, llenos de moderación, de ironía serena, de conformidad» (1991: 67). Si repetimos la operación con el de Mourlane, hallaremos cuanta moderación busquemos en su respeto marcial del adversario, pero conformidad, bien poca. Y apenas abandonados los campos de batalla, ironías de este cariz:

En la Ópera se ven esas gentes sumarias, que van a París a gastar dinero: se ven rumelios, tagalos, nicaragüenses, que han contraído en las sastrerías el decoro civil. Se ven hombres y mujeres de piel oscura, de piel amarilla. Se piensa, irremediablemente, en sus abuelos o en sus bisabuelos; en el indio chorotega, en el papúa, en el mongol. Y todos, durante un momento, ponen los ojos en blanco para decir: «Oh, qué hermosos». Todos han oído *El oro del Rhin*, *Las Walkirias*, *Sigfrido* y *El crepúsculo de los dioses*. Han dicho, sí, con la mayor indolencia, que estas óperas son demasiado largas (1991: 57-58).

A lo que sigue este espléndido aguijonazo:

Las representaciones empiezan a las seis y media de la tarde. Después del acto primero, los espectadores salen a comer. Respiran, además, ampliamente como libertos. De pronto una fanfarria de cobres interpreta en lo alto de la rotonda el tema del fuego o de la espada. Anuncia, de este modo marcial, que en seguida empieza el segundo acto. Los espectadores pasan resignadamente —bien lo sabe Dios— desde el ambigú a la sala. Y se oye a lo mejor a un rastacuero cualquiera esta frase: *El oro del Rhin* es un prelude de preludios, es el pórtico del templo, ¿sabe? Hay que oír estas frases viejas. Eso sí, las representaciones son un poco viejas también. Hay *aún* wagnerismo.

En medio de tan afilada ironía resaltan mejor los matices de un elitismo que se espejea en el de Ortega, y que acaso incomode al lector actual de *El discurso...* cuanto el prurito antisemita de su «Los judíos» o el talante anti-

<sup>5</sup> Imparcialidad bien discutible, si ha de juzgarse por los artículos publicados durante la guerra y recogidos en el volumen de 1916 *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*. Revelaban aquellos textos, de convencida vocación aliadófila, una fe sólida en lo que Azorín no vacilaba en definir «justa y bienhechora causa», la cual, si por una parte le movía a censurar pretensiones de dominio germánicas basadas en el «trampantojo de las superioridades étnicas» o el «prejuicio bárbaro de las razas», lo llevaba, por otra, a sostener ideas tales como la de la superioridad cultural latina y anglosajona; ideas que no podían sino causar favorable impresión entre quienes, para decirlo con la retórica azoriniana de entonces, ansiaban «el triunfo del ideal latino» (Martínez Ruiz, 1916: 158, 177 y 113). La influencia de un Azorín por entonces ya próximo a ciertas posiciones ideológicas de los «queridos amigos de la Acción francesa» determina en proporción sólo inferior a la del propio Eugenio d'Ors —el Ors que desde Madrid extiende su influjo al norte peninsular— el pensamiento político clasicista y estetizante de Mourlane. Por esas fechas, el nacionalismo integral de inspiración maurrasiana inflama los ánimos del grupo literario bilbaíno de Ramón de Bastera.

democrático que rezuma en textos como «La ceremonia inglesa», complacida celebración de los fastos del más herrumbroso tradicionalismo europeo, o el sarcasmo de su «Derecho internacional», del que no nos resistimos a reproducir estos improprios:

Pues Ficino es un arbitrista ardoroso. No urde, eso no, sus estratagemas ni en Ferio ni en Baralípton. Parafrasea a los griegos, y, es claro, escribe con sencillez. Pide un tirano: la tiranía para este sabio es un régimen estatuido por Dios. Con todo, si un tirano le parece bien, dos le parecen mal. Ficino, lo revelamos hace tiempo, además de historiador era herbolario. O lo que es igual, era inocente. Savonarola se insinúa más. Savonarola es un hombre. En su *Régimen y gobierno en la ciudad de Florencia* opone reparos a la tiranía. Los tiranos de la Toscana, además de tiranos son inteligentes y la inteligencia es el mal. Hay, pues, piensa Savonarola, que allanar ciertas jerarquías, hay que inmolar ciertos fueros al bien común. Hay, en fin, que avenirse a una vida republicana, a una vida modesta. Savonarola es un hombre, sí, pero es un demócrata (1991: 76).

Las fechas son aún tempranas, la Gran Guerra no ha hecho más que empezar, Mussolini es todavía el líder revolucionario y antiburgués del socialismo italiano y el incitador intransigente de la lucha proletaria; los totalitarismos europeos, poco más que un presagio. El librito de Mourlane es semillero de no pocas ideas rectoras de un fascismo que afirmará pronto su identidad en la adopción a ultranza del nacionalismo; en el monopolio del sentimiento patriótico y el desprecio de la democracia y el Estado liberal; en el recrudecimiento del antisemitismo y la xenofobia; en cierto regodeo irracionalista que delata las hondas contradicciones de su hibridismo ideológico; en la devoción por las formas de la militancia y la jerarquía fomentadas en una densa atmósfera de integrista laico que acabará inquietando a la Iglesia, amenazada en sus prerrogativas. Y, por supuesto, en la ebria celebración del mito imperial, pues no hay imperio sin guerra, su instrumento, como no puede haber sin imperio utopía fascista, esto es, instauración, con recurso a la fuerza, de un modelo unitario y excluyente de civilización: hallamos también en *El discurso...* atisbos de este elemento fundacional de la ideología totalitaria. Pero el libro es sobre todo engrudo de ideas o vislumbres que en los ambientes de las tertulias bilbaínas del Lyon d'Or o del café del Boulevard —las que dieron fama a la oratoria de Mourlane y ocasión a excentricidades del calibre de la «Escuela Romana del Pirineo»<sup>6</sup>— y sobre todo en las posteriores reunio-

<sup>6</sup> Inspiraron al grupo bilbaíno de Bastera las ideas del *Manifeste de l'école romane* que el poeta Jean Moréas, Charles Maurras y otros habían publicado una veintena de años antes en *Le Figaro*, en defensa de un ideal estético de inspiración neoclásica y un retorno a presuntos valores latinos esgrimidos como alternativa al cosmopolitismo francés de fin de siglo. El grupo vasco es responsable de haber acuñado, dice José-Carlos Mainer, «una serie de mitos de gran importancia: la identificación con la cultura romana, el encendido catolicismo, la defensa a ultranza de los valores de la civilización occidental y una significativa beligerancia frente al problema de la participación española en el conflicto de 1914» (Mainer, 1971: 22). No ofrece esta «escuela» pirenaica otro interés que el de su confluencia en el



nes falangistas del Europeo y La Ballena Alegre madrileños iban a encontrar su mejor formulación programática. El tono irónico, pero amable y civil del libro de Mourlane elude la violencia de otras manifestaciones prefascistas, cosa muy de agradecer, y ofrece su pátina de cultura a un pensamiento arrastrado en la deriva autoritaria de los tiempos. Tal dignificación cultural va a ser, en definitiva, la labor del intelectual de Falange mientras las circunstancias le permitan seguir confiando en la realización de sus peligrosos delirios. Cuando el régimen militar franquista, bien controlado el poder en las solas manos del Caudillo, juzgue preferible relegar a lugar menos visible una ideología harto impopular en el nuevo panorama internacional, se abrirá la estación de las resentidas conversiones de la vieja guardia, los cargos de conciencia y las nostalgias. Si hoy pueden parecer menos indecentes esos plantos, que Mourlane tiene el gusto de ahorrarnos, es porque algo aciertan a distanciarse de la turbidez del nacionalcatolicismo imperante.

Ni la intolerancia del régimen ante cualquier forma de intelectualidad no retrógrada y sumisa, ni el tufillo a sotana que infestó los, para muchos, impolutos aires marciales de la primera hora victoriosa, ni el desplante, cuando convino, a la turbamulta del brazo en alto bastaron para arredrar a Mourlane de sus convicciones. Su libro póstumo, *Arte de repensar los lugares comunes*, es magro testimonio de fidelidad a los principios de un movimiento a que tanto había contribuido a fundar, aunque la obra desperdigada en publicaciones como *Vértice*, que recoge algunos de sus más notables ensayos de posguerra, *Escorial*, de la que fue director en 1950, *Revista de Estudios Políticos* o *La Estafeta Literaria* testimonia esa persistencia ideológica. El dísculo título de su último libro —alumbrado acaso en las revueltas de un artículo en él recogido, «Galería de espejos a los que se les fue el azogue», sobre la debatida reposición del drama *Amoureuse* de Georges de Porto-Riche en el París de 1952— queda desmentido en sus mismas páginas liminares, que excluyen toda tentativa de refutación del tópico y desaconsejan el recelo frente a un saber común que la poderosa corriente de la tradición ha puesto a nuestro alcance<sup>7</sup>. Mourlane aprueba ese saber refrendado por la alta cultura: «Lo re-

---

falangismo. «Dudosamente —escriben Mónica y Pablo Carbajosa en su estudio sobre la cultura de la Falange— respondía con su nombre a nada lógicamente significativo: como «escuela» se parecía más bien a una reunión de escritores; en resumen, a una tertulia con pretensiones de dictar o imponer criterio estético. Difícilmente podía ser romana, salvo por voluntad culturalista, a contrapelo de la mayoría de los signos de arraigo local; para colmo y remate, su Pirineo era más un accidente geográfico traído por los pelos, y en todo caso a contrapelo del nacionalismo vasco» (Carbajosa, 2003: 11).

<sup>7</sup> «En la literatura española de este siglo —dice Andrés Trapiello— existen dos títulos fascinantes. Uno es de Mourlane Michelena, *El arte de repensar los lugares comunes*. El otro, del menorquín Mario Verdaguer: *Un intelectual y su carcinoma*. Ambos imantan un mismo centro; la obligación moral del escritor de transitar todos los caminos de la literatura, incluidos aquellos interceptados por un «prohibido el paso». «Repensar los lugares comunes es el mejor modo», decía Unamuno, “de librarse de su maleficio”» (Trapiello, 2010: 19).

pensamos simplemente para infundirle, con nuestro aliento y nuestra imaginación, segunda vida» (1956: XX), esto es, para prolongar la labor de cincelado de tantos «consejeros de reyes o letrados, moralistas de la gran especie o historiadores». La proclividad de Mourlane al género sentencioso nos aproxima, por el lado de la fingida cautela, al centro de su interés por esa vía de conocimiento que nuestra tradición nos brinda:

Hemos pretendido alguna vez acuñar sentencias en metal noble. Meter un volumen en un capítulo, un capítulo en una página, una página en un período, un período en una frase. ¿Qué escritor no lo intenta? Pero recatamos hasta ahora estas sentencias de asentimientos prematuros, de los que es pertinente desconfiar. Nadie imagine que esas reflexiones que hemos incubado en la clandestinidad sean de linaje de adagios. Un refranero es caudal allegado en la escuela del mundo y nace de las nupcias de la prudencia con el recelo (1956: 27-28)<sup>8</sup>.

Declara Mourlane su nula reserva ante las verdades sancionadas por la tradición selectiva del pensar ortodoxo y su reticencia frente a cuanto se aparta del lugar común en busca de efectismo, de originalidad transgresora. Existen imposturas —sostiene— que se tejen con luz, que deslumbran sin alumbrar, y al lector aún vacilante advierte: «El caos de las ideas claras no es menos caos que otro cualquiera» (1956: 31), aseveración no carente de envidia, que pudiera suscribir cualquier convencido existencialista. De ahí el confesado temor a la originalidad «aun en sus grados más tenues» (1956: 30), actitud chocante mientras no se repare en que el arte de ingenio de su propia escritura está puesto por entero al servicio de un rígido ideal cultural, de un singular comedimiento. Si sus reflexiones se miran alguna vez «por pura facecia» en espejos cóncavos o convexos, esa propensión lúdica no desvirtúa una imagen de la cultura española (lugar de lugares comunes, apenas se ha procedido a su depuración) orientada a exaltar valores patrios en consonancia con las tentativas fundacionales falangistas de hasta la derrota del Eje. Y ello por más que su adusto individualismo desvanezca por momentos los límites del marco institucional en que tal revisión está destinada a ubicarse y la indisciplina de su prosa comprometa toda posible eficacia doctrinal.

¿Qué es sino tentativa de depuración cultural en toda regla su artículo «Saber ganar, saber perder», título de inoportunas resonancias deportivas? Se protesta allí contra un adagio cervantino —«La derrota es el trofeo de las almas bien nacidas»— que reiteran los hispanistas de allende el Pirineo y ha

<sup>8</sup> «El refranero y el que no vende su alma a la usura» apareció en 1945, en el número 76 de *Vértice*. En «Mi primer diálogo con Juan de la Cruz», publicado en *El Bidasoa* el 27 de noviembre de 1954, atribuye Mourlane a su madurez la inclinación a un estilo parco y sentencioso: «Propendo en la vejez a un estilo lapidario, como de inscripciones o sentencias. [...] Abreviar me divierte, eso sí, y metería a gusto cien páginas en cincuenta y luego las cincuenta en diez y las diez en cinco y las cinco en una ya radiante de pulcritud y de justeza».

herido en lo más vivo a un clasicista como Mourlane. La tradición parece torcérselo en este punto, y su repensar adopta modos inciviles: ni el prestigio del hispánico estoicismo, ni el llanto militar que salpicó el mármol de Osuna, ni un sentimiento de culpa que parece tener su mejor sede en nuestros lares han de seguir justificando ciertas «disposiciones seculares de la familia española para el desaliento». Para la abolición de tanto vetusto desánimo ha de bastarnos la última victoria, la que de espaldas a la quejumbre de una *vieja España* «nos rejuvenece hasta las últimas raíces del ser» (1956: 181). Claro está que en Mourlane, escritor y hombre afable, exabruptos semejantes son raros y revelan más que otra cosa el arduo maridaje del ideario fascista con una tradición cultural que el autor conoce demasiado bien como para no saberla hondamente refractaria al expurgo. Las obras de entendimiento, dirá en otra ocasión, son fortificaciones: «Letras, armas y misiones acompañan a quien descubre, funda y coloniza» (1956: 56)<sup>9</sup>. Más eficaz que esa beligerancia es la aproximación que ensayan textos tales como «En el balcón de la casa natal de Garcilaso el Inca», «Teresa», «Casanova, Don Juan, Celestina» o «El padre Vitoria en Vitoria». El primero de los citados, ejemplo de una escritura en que se adivina qué hubiera podido darnos Mourlane de haberse resuelto a frecuentar el género de ficción<sup>10</sup>, es también muestra de su debilidad por las genealogías y de su interés por abolengos hispánicos que no rehusaron la más alta herencia incaica: «mixture de la sangre», sí, pero sangre regia y sangre imperial que encumbra al conquistador y puede explicar ese «hechizo que en los *Comentarios reales* es tan envolvente» (1956: 139).

Es «Teresa», más que apunte sobre la vida u obra de nuestra santa más locuaz, advertencia de veda al bisturí freudiano. Mourlane no concede la menor eficacia analítica a los métodos inaugurados por quien fuera en definitiva el más coherente continuador de Nietzsche y radicalizara, para escándalo de reaccionarismos de muy varia especie, lo menos asimilable de su crítica de la moral. Tal vez porque «no tenemos otro patrimonio que el de nuestros prejuicios», Mourlane se entrega aquí con denuedo a los suyos y censura toda disposición de la ciencia a valerse de la disciplina psicoanalítica en sus tentativas de interpretación de la mística. El reproche al método es, desde luego, generalizado, y se adscribe a una reacción tan compartida en toda la Europa culta como explicable (y explicada, de hecho, en las célebres lecciones introductorias al psicoanálisis del genial investigador moravo). Para Mourlane, inquirir los secretos del

<sup>9</sup> Hallamos la misma idea en sus «Reflexiones con ocasión de una antología de versos heroicos», publicadas en el número 69 de *Vértice*, en 1943, con motivo de la aparición del segundo volumen de *Poesía heroica del Imperio*, editada por Luis Rosales y Felipe Vivanco.

<sup>10</sup> En el género de ficción, dice José Fernández de la Sota, Mourlane «hubiera conseguido, con su excelente prosa y su capacidad para la mixtificación, obras más duraderas que sus divagaciones ensayísticas» (Mourlane Michelena, 1991: IX-X).

éxtasis es penetrar apenas la corteza de un misticismo «que no nace en el rapto de amor sino en las obras». Si el arrobamiento poético existe, existe sobre todo el convencimiento que deriva de la obra edificadora, atributo de la mística española capaz de sobrepujar su humano erotismo. Servirse del instrumental freudiano es desviar la mirada de lo que de veras cuenta por mero prurito culturalista, pero «cultura —concluye— es lo que nos queda cuando olvidamos lo que sabíamos. Y es también un modo de pensar en nuestra condición y nuestro destino. ¿Instrumentales de Freud y psicoanálisis con los ascetas o con los místicos de España? ¡Para qué!» (1956: 173).

Gravita sobre su «Casanova, Don Juan, Celestina» la sombra previsible de Maeztu y su concepto de un Tenorio vitalista, que Mourlane dilata hasta la estridencia al definirlo «orgía del libre albedrío campando en el mundo» (1956: 196 y 203), y ello para mejor contraponerlo a un bastante desleído Casanova al que no juzga prudente considerar del linaje de nuestro burlador<sup>11</sup>. «No merece Casanova compartir un solo día ni las fiestas ni el suplicio de aquel Tenorio que, antes de serlo, forjó su temple en los campamentos, ya con el sol declinante de nuestra universal Monarquía» (1956: 197). Curtido en los más apartados frentes del imperio en declive, no siente Don Juan a su retorno a la patria sino hastío. Lejos de aquellos campos de batalla, entretendrá famosamente sus ocios «en el juego de las mujeres», a las que sabe como nadie hablarles «una lengua avezada a mandar y embelesar». El Don Juan que para Mourlane cuenta —porque «es, pese a todos los psiquiatras, el Don Juan de España»— combate en guerras de sangre y luego de amor, y al fin retorna a las plazas fuertes aquejado de desapego estoico, don de su decrepitud: «Lo que era, ya no es cuando Don Juan vuelva a los campamentos. Él ha respirado este menguante melancólico; tiene ya las sienas de plata y el pecho, militar, desmoronado con la segura y el desasimiento. Ese leadear de los hombros y ese sonreír de la boca que muerde el beso sin libarlo dicen estoicamente: ¡Todo es lo mismo!» (1956: 206). Mourlane vuelve a corregir, pues, la interpretación foránea; lo hace sin virulencia esta vez y con un puntillo de suficiencia, alegando rigor histórico que es ante todo adhesión al canon comportamental hispánico.

«El padre Vitoria en Vitoria» deja entrever, en la fugaz alusión a Potsdam con que se inicia y concluye, cómo en los nuevos equilibrios europeos España no encuentra aún su norte. El artículo se estructura a modo de disquisición erudita no lejana en forma y espíritu a las de la muy larga y muy árida polémica de la ciencia española, pero la mucho más actual indignación del régimen franquista ante el «injusto y arbitrario» clima de hostilidad en que en 1945 se había denegado la solicitud de admisión de España en la ONU está bien presente. El Estado español, acababa de declararse en nota oficial de protesta, no estaba dispuesto a mendigar un lugar en las conferencias internacionales.

<sup>11</sup> La primera parte de este ensayo reproduce con mínimas variantes el artículo «La vejez del famoso libertino», publicado en el número 73 de *Vértice*, en 1944.

les ni a aceptar ninguno que no tuviese relación con su historia. Y eran los derechos que esa historia e influencia cultural ibéricas conferían la base de la argumentación de Mourlane, que elude cuidadosamente toda posible referencia al verdadero motivo de un rechazo que no lo había sido al pueblo español ni a su tradición histórica, sino a un régimen dictatorial muy vinculado con las derrotadas potencias del Eje. Cuánto pudiera importarles a Stalin, a Churchill o a Truman que España fuera la decana del Derecho internacional en Occidente es fácil imaginarlo, pero la escritura de Mourlane habita realidades intemporales, poco permeables a las solicitudes del mundo, y desde tal ausencia de perspectiva se juzga la doctrina inmortal del preclaro Vitoria argumento irrefutable:

España, fiel a las lecciones de una ciencia que es suya y que sus hijos esparcen por el mundo, ha bregado por la paz, mientras tantas naciones, más cruentamente que nunca, contendían. ¿Por qué entonces se la exceptúa en lo que se otorga a tantos y tantos países? ¿Qué es lo que de España inquieta a algunas gentes? ¿Su soberanía? Toda potestad —escribía Vitoria— por la que se administra un Estado secular, es no tan sólo legítima, sino que tiene a Dios por autor; a tal suerte, que ni por el consentimiento de todo el mundo se puede quitar o abrogar. La decisión de Potsdam —lo presentimos, lo sabemos—, pese a todo, no prevalecerá (1956: 259-260)<sup>12</sup>.

Tuvo razón en lo último Mourlane, y acaso presintiera las razones por las que su país iba a ser pronto aceptado entre los del llamado «mundo libre». La referencia a la paz, tentativa de hacer valer la neutralidad española en las dos contiendas mundiales sobre la realidad sangrienta de una guerra civil demasiado reciente, era también eco de la nota de protesta oficial del régimen, en la cual se había insistido en la voluntad pacifista de España. En cuanto al medievalizante argumento de la soberanía divina pese a todo y a todos, cualquier comentario es superfluo.

Ese aludir de soslayo a una actualidad que alcanza sólo a insinuarse en la superficie de la prosa de Mourlane para ser contemplada un instante y desechada después con ademán displicente hace de su escritura un desconcertante ejercicio de ocultamiento. ¿Mourlane cronista? Lo había sido con sus notas de actualidad en *Hermes* y en el periódico bilbaíno *La Noche* durante los años veinte, y después en la revista *Acción Española*, donde se ocupó entre 1931 y 1932 de la crónica internacional (hasta que el marqués de Quintanar lo puso en la calle por no haber hablado mal de Aristide Briand y por colaborar en *El Socialista*)<sup>13</sup>, en *Revista de Estudios Políticos*, cuya crónica ex-

<sup>12</sup> «El padre Vitoria en Vitoria» había aparecido, con título distinto —«Ante el monumento de Vitoria al fundador del Derecho Internacional»— y mínimas variantes, en el número 80 de *Vértice*, en 1945.

<sup>13</sup> La «Crónica Internacional» sobre Aristide Briand, publicada en *Acción Española* el 16 de marzo de 1932 y firmada por Mourlane con su habitual seudónimo —J. Hurtado de Zaldívar—, aparecía con la siguiente nota a pie de página: «La Redacción de la Revista no se

tranjera estuvo a su cargo entre 1943 y 1947<sup>14</sup>, y en el semanario irunés *El Bidasoa* del año 46 al de su muerte. Tal ejecutoria no debiera dejar dudas sobre la vocación y la competencia de Mourlane en ese terreno, y sin embargo no resulta fácil determinar de qué tiempo puede ser testimonio una escritura como la suya, si ha de juzgarse por la multitud de artículos en que el mundo social, político y cultural europeo y español aparecen como en sordina y sometidos a las más insólitas transfiguraciones. Su visión de España es puro anacronismo o pura mitificación, un recrearse en pasadas grandezas reales e imaginarias con intención de ensayar con ellas la validación de un presente difícilmente justificable por otros medios. Tal vez esa dificultad, de la que intelectuales falangistas como Mourlane habían de ser conscientes, explique un ejercicio literario entre clasicista y barroquizante cuyo mensaje llegaba fuerte y claro a quienes poco lo precisaban, pero no al gran público, mucho menos atento a los desvelos propagandísticos del régimen que a los popularísimos atractivos de una subcultura de consumo destinada a ganar ampliamente la partida. Bien es verdad que tal manipulación cultista halló terreno fértil en el seno de la instrucción pública franquista en virtud de su propensión a componer la torpe estampa de una España orgullosa de su misión redentora, entregada al ideal de un cristianismo unificador y generosa transmisora de saber en los continentes en que le fue dado ejercer su influencia. Una España como unidad de destino, para decirlo conforme al léxico más primario del falangismo, pero no siempre reducible, en el caso de Mourlane, a la singular pureza de su núcleo castellano, por mucho bienestar y alegría que le otorgaran un variadísimo paisaje de arideces sólo transitorias y la diafanidad de su «cielo teológico, en que todo es claridad, aunque a la vez sea dogma», como escribe en cierto artículo sobre campañas manchegas<sup>15</sup>. Y ello

---

solidariza con el juicio que, respecto a la actuación política de M. Briand, formula el autor de este artículo». Dos meses después, Mourlane causó particular irritación por una colaboración en *El Socialista* que no sintió la menor necesidad de encubrir bajo seudónimo. Las protestas suscitadas por esa actitud movieron al marqués de Quintanar a solicitar su dimisión.

<sup>14</sup> La sección «Crónicas», creada en 1943 tras asumir la dirección de la *Revista* el falangista bilbaíno Fernando M. Castiella, fue, dice Sesma Landrín (2009: 61), «producto de la necesidad de articular un discurso unitario en torno a la defensa del régimen que abarcara a su vez los distintos ámbitos de la dinámica nacional e internacional».

<sup>15</sup> «Meditación en Castilla la Nueva sobre el paisaje y los jardines», recogido en *Arte de repensar los lugares comunes*. En otro artículo, «Castilla» —publicado en 1943 en *Vértice* y presente también en el libro póstumo—, paga Mourlane su tributo a un bien asimilado castellanocentrismo: «¿Unidad de España? Se la da, y unidad más tarde al planeta, cuando manda a sus hombres hasta donde el mundo acaba. A navegar, a fundar, a legislar y a evangelizar. ¡Castilla!» (1956: 298). En la evocación histórica o seudohistórica de Mourlane y de tantos otros, España es una extensión de Castilla, la cual le imprime su carácter conquistador y tutelar. La evidencia de una diversidad interna en que persisten actitudes abiertamente refractarias a esa mistificación pone en marcha un mecanismo dialéctico cuyo objeto es exaltar el ideal de cohesión nacional.

porque lo propugnado por nuestro autor es «la unidad en la diversidad como sistema en la cultura y en la obra de gobierno» (1956: 79), la cual, sostiene, «puede ser lograda en materia de jardines como en todo».

Que tal «unidad en la diversidad» tuviera un alcance meramente político nos parece bastante obvio, y hartamente improbable que Mourlane pensara aquí en su dimensión culta, esto es, en el concepto de «unidad en la variedad» como definición de la belleza desarrollado por la escuela platónica y discutido por la escolástica mucho antes de ser recuperado para la Estética alemana. Pero hablar en términos políticos de «unidad en la diversidad» era incurrir en el riesgo de que el énfasis se desplazara involuntariamente al segundo término del sintagma dejando así abierta una brecha en el muro de contención de la cultura oficial. La actitud de Mourlane puede explicarse en el contexto de un pensamiento falangista que, pese a condenar desde el primer momento los intentos de fragmentación de la unidad nacional obrados por los nacionalismos periféricos e identificarse con la temprana vocación expansionista y hegemónica del fascismo italiano, no acabaría de asimilar la idea de una reorganización continental de signo colonial basada en el predominio de los «pueblos jóvenes» italiano y germánico sobre el resto de naciones jerárquicamente inferiores. El argumento de la diversidad pulía aristas de un universalismo totalitario que habría podido relegar a España al lugar de mera provincia subordinada en el nuevo imperio, idea difícilmente tolerable para la idiosincrasia falangista, por muy deslumbrante que resultara la doctrina en otros aspectos. Tal vez por ello los primeros destellos de admiración ante el fascismo italiano ponen el acento, en los escritos de Rafael Sánchez Mazas, en «la íntegra conciencia de una Patria existente y definida frente a la miserable ilusión de un romanticismo internacional pseudohumanitario y económico»<sup>16</sup>. Y tal vez también por ello el polvorilla de Giménez Caballero se afana en dar con una hispánica formulación del fascismo en que el hallazgo peregrino del yugo y las flechas puede ofrecer algún barniz de secularidad y autoctonía. Con el reclamo de dignidad y espacio propio para el fascismo español, el falangismo no había hecho otra cosa que vindicar desde su hora más temprana el valor de la diversidad dentro del pensamiento unitario.

Lo cual no significa que el falangismo renunciara ni por un instante a su ideal dictatorial e integrista nacido en el seno de un movimiento ideológico carente de todo pragmatismo (e incapaz de subsistir sin cristalización en la eficiente estructura de poder que la guerra civil hizo posible). Nacionalismo y totalitarismo conviven en difícil equilibrio en los fascismos europeos, en la medida en que las pretensiones de conquista de signo imperialista que los ultranacionalismos alientan no pueden realizarse sin el abatimiento de los estrechos confines del Estado nacional. Esa paradoja por la que el nacionalismo a ultranza es instrumento y, a la larga, obstáculo del fascismo compa-

---

<sup>16</sup> «La victoria fascista y la marcha sobre Roma», *ABC*, 15 de noviembre de 1922, p. 5.

rece inesperadamente en textos de Mourlane tan marginales como el titulado «Cuento de aroma invernal al turista», donde leemos:

Y en cuanto a España, es la nación de númenes más inapresables. Ella, según un hispanófilo, es doctrina hermética, es cante «jondo», cuya cadencia no captará, del Pirineo para allá, nadie. Pero, justamente por eso, debe el turismo atraer miles y miles de viajeros hacia la nación problemática. El nacionalismo español no puede ser angosto, porque aquí la tierra conforma al hombre y acentúa su genio mucho más que la raza (1956: 224-225).

La identificación de lo español con un cante jondo de tan misteriosa esencia que cuesta creerlo ancorado al reino de este mundo ofrece argumento a la espuria mitificación de un país demasiado consciente de su anacronismo y capaz sólo de singularizarse por sus elementos más puramente irracionales: su magia y su enigma irreductibles. Pero lo interesante no es el banal aporte de Mourlane a una imagen hecha de la patria, sino su alusión a la «nación problemática». Nuestra tierra, dice, conforma al hombre más que la raza, lo cual significa que el elemento aglutinador por excelencia es, en fin de cuentas, ineficaz en un país cuyo rasgo sustantivo sigue siendo la conjunción de diversidades no poco problemáticas. Y el latente conflicto entre expansionismo y nacionalismo aflora en la implícita acusación de angostura hecha a este último, por más que la reflexión aquí sólo se apunte y quede enseguida sofocada en la vaguedad de un discurso en que conceptos como el de «tierra» unificadora o «nacionalismo» distan de alcanzar concreción alguna.

Así puede entenderse que en un texto de contenidos políticos más elaborados, el ya citado «Las letras y el pensamiento en la Europa de hoy», Mourlane llegue a sostener que «No, no es nacionalista España, y porque no lo es, nos descubrió en sus mediodías de oro la unidad física y moral del planeta». Para añadir a renglón seguido: «Si el nacionalismo rompe o corrompe la unidad que las cabezas más finas de Europa amparan, tendremos guerra» (1949: 35)<sup>17</sup>. Que no fuera nacionalista la España de 1948 es cosa harto discutible;

<sup>17</sup> La negación nacionalista del último José Antonio —señala Ismael Saz Campos en su lúcido libro sobre los nacionalismos franquistas— fue axioma para el falangismo en la posguerra y tuvo su manifestación sintomática, desde inicios de la década de los 40, en el modo en que procuró eludirse el término «nación» en el discurso del movimiento. El conflicto se agudiza en el terreno del peculiar europeísmo falangista: «Con la progresiva radicalización totalitaria y revolucionaria podría plantearse en algún momento el dilema de elegir entre el contenido revolucionario y, a su modo, internacionalista y el puro contenido nacional. ¿Cuál de estos dos pesaría más en caso de plantearse una contradicción entre ambos? La pregunta no es ociosa, porque, como se vio, el último José Antonio, pesimista y desesperanzado, había optado en pleno repliegue reaccionario y aristocratizante, por negar la nación española territorial en beneficio de la etérea elite gótico-aria. Pues bien, si la negación del pueblo que no sabía estar a la altura de lo que requería el ultranacionalismo fascista era una característica de este tipo de nacionalismo, a una negación similar se podía llegar a través del éxito y las expectativas de futuro» (Saz Campos, 2003: 29).



lo es menos que los nacionalismos europeos de aquellas fechas —como los de estas en que escribimos— constituyeran un obstáculo para la unidad europea. «Las letras y el pensamiento en la Europa de hoy» es una enérgica declaración de fe unitaria, y por ello es también una afirmación del europeísmo *sui generis* de Mourlane, en que la conciencia de la debacle del sistema eurocéntrico y la desorientación de todo un continente en proceso de ser relevado por las dos grandes superpotencias está bien presente. Por sobre el tono elegíaco asoma el reproche a una Europa que se ha mostrado incapaz de llevar a cabo su alta misión histórica:

¿Qué es Europa y qué es el espíritu europeo? Eso se preguntan allí [en Ginebra] una y otra vez los del coloquio. Europa nace de la fusión del orden de Roma, la geometría griega y la universalidad cristiana. La concordia de estos elementos reconfigura en las naciones que los poseen la condición europea. Pero Europa ha cobrado después conciencia de sí misma; no a lo largo de su historia, que es la de sus divisiones. Regía Europa al mundo y se esforzó en formarlo a su imagen y semejanza, pero ni lo rige ya ni lo conduce con su magisterio o su tutela a un destino noble. Ha perdido el don de su sabiduría, el don de consejo y el don de mando a la vez que sus viejos poderes. Dos naciones extraeuropeas aspiran en tanto a compartir con la Gran Bretaña el gobierno del orbe. Asistimos al cuarto menguante de la unidad europea que ha sido uno de los bienes de la civilización a que nos debemos. ¿Es rescatable todavía esa unidad sin la que el mundo vale menos? (1949: 22).

De la lectura de estas líneas pudiera deducirse que la Europa de su añoranza es la que había basado su larga supremacía en el principio del equilibrio de poder durante la centuria precedente a las dos guerras mundiales. De ser así, no habría reparado Mourlane en las notorias dificultades para un retorno a esa vieja dinámica en un continente desmembrado, ocupado en su propia reconstrucción económica, muy limitado en su capacidad de acción política y carente de la energía y el optimismo que sí experimentara recién concluida la Gran Guerra. Pero lo significativo aquí es que Mourlane no consigne que ha sido el germen del totalitarismo encarnado en las pretensiones hegemónicas alemanas lo que ha dado definitivamente al traste con el largo periodo de predominio europeo y ha dejado el campo libre a las nuevas superpotencias. Que el totalitarismo sea ya del todo inactual en una Europa que ha tenido ocasión de conocer sus destructivas consecuencias no arredra a Mourlane en su defensa: «A nuestro don de la veneración le faltan, sin embargo, los maestros cuya voz por encima de las fronteras acierte a adoctrinar, a encaminar o a edificar a millares de hombres. [...] ¿Pero el nacionalismo de horizonte angosto quita amplitud y, sobre todo, virtud rectora a la palabra de esos maestros que nos llega amortiguadamente o no nos llega? He aquí una pregunta patética que nos ha desvelado muchas noches» (1949: 33). Adoctrinamiento por encima de las fronteras y angostura de un nacionalismo que, en el abandono de su vocación de conquista y el retorno a una cerrazón provin-

ciana, vuelve a erigirse como obstáculo para la unidad. Los desvelos de Mourlane son tan sinceros como es irracional su obstinarse en olvidar la apabullante lección que acaba de propinar la historia. Nada le impide entonces declarar su esperanza en la recuperación del absoluto protagonismo continental: «Queremos creer en Europa como creemos en España», lo que equivale a querer creer que «no hay ni puede haber esos «finis» que cavilosamente y con torpe impiedad se llevan a la boca éste, aquél y el otro. «Finis Germaniae», «finis Italiae», «finis Galiae», no y no» (1949: 37). El tercer elemento de la enumeración lo explica la añeja francofilia de Mourlane, inmune, al parecer, a las muestras de hostilidad del país vecino hacia el franquismo, pero los dos primeros le bastan para entenderse con el lector.

La completa ausencia de pragmatismo de la intelectualidad falangista hizo posible su adscripción sin reservas a una ideología totalitaria cuya verdadera dimensión destructiva tal vez no se llegó a sospechar. La fascinación por el mito y la liturgia del fascismo itálico y el deslumbramiento ante la potencia germánica impidieron ver que las ambiciones totalitarias sólo podían realizarse a partir de una acción de expansión ilimitada, frente a la que toda estabilidad de las estructuras políticas, propias y ajenas, era obstáculo. Que la mentalidad cesarista de la burguesía italiana y la circunstancia político-económica alemana permitieran en ambos países el desmantelamiento de las instituciones nacionales sin mayor resistencia demuestra, según observó Hannah Arendt en *The Origins of Totalitarianism* (1948), la existencia de un clima más que propicio al cambio radical entre sus clases dominantes. Pero en España las circunstancias fueron muy otras, como lo prueba el descalabro de Falange antes de la guerra civil y, con aún mayor evidencia, el alzamiento militar. Tras la guerra, ni Franco estuvo para bromas ni el país tampoco, y con la derrota de las potencias del Eje se daba por concluido, para cualquiera que quisiera ver las cosas con los ojos abiertos, el más atroz capítulo de la historia moderna de Occidente. La aventura intelectual falangista se deja interpretar, en su breve esplendor y larga agonía, como un esencial fracaso. No sabemos qué conclusión puede desprenderse hoy de la lectura de escritores como Mourlane Michelena, en un tiempo en que el riesgo de un retorno al pensamiento totalitario dista de haberse conjurado; en que una solapada e insidiosa deriva autoritaria amenaza ya un poco en todas partes las libertades individuales, y en que los nacionalismos mantienen intacta su sobrecarga de intransigencia y chovinismo. En el vaivén de lo estético a lo ético propio de toda atenta lectura, la de Mourlane puede resultarnos hoy singularmente agrídulce. Claro está que la literatura, mal que les pese a los doctrinarios, no alcanza nunca a enseñar nada.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Bleznick, Donald W. (1964). *El ensayo español. Del siglo XVI al XX*. México: E. de Andrea.
- Carbajosa, Mónica y Pablo Carbajosa (2003). *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*. Barcelona: Crítica.
- Chabás, Juan (2001). *Literatura española contemporánea 1898-1950*. Madrid: Verbum.
- González Palencia, Ángel y Juan Hurtado y J. de la Serna (1949). *Historia de la literatura española*. Madrid: Saeta.
- López Aranguren, José Luis (1977). *Crítica y meditación*. Madrid: Taurus.
- Mainer, José-Carlos (1971). *Falange y literatura*. Barcelona: Labor.
- Martínez Ruiz, José (1916). *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*. Barcelona: Bloud y Gay.
- Montaigne, Michel de (2003). *Ensayos completos*. México: Porrúa.
- Mourlane Michelena, Pedro (1906). *Inquietudes*. Valladolid: Biblioteca Hispania.
- Mourlane Michelena, Pedro (1945). «Reflexión polémica en el centenario de Quevedo», *Vértice*, 78, pp. 5-8.
- Mourlane Michelena, Pedro (1949). «Las letras y el pensamiento en la Europa de hoy (Mirada política)», *Escorial*. XIX, pp. 9-38.
- Mourlane Michelena, Pedro (1956). *Arte de repensar los lugares comunes*. Madrid: El Grifón de Plata.
- Mourlane Michelena, Pedro (1991). *El discurso de las armas y las letras*. Bilbao: Instituto Vasco de las Artes y las Letras.
- Saz Campos, Ismael (2003). *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons.
- Sesma Landrín, Nicolás (2009). *Antología de la Revista de Estudios Políticos*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Trapiello, Andrés (2010). *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*. Barcelona: Destino.
- Valbuena Prat, Ángel (1950). *Historia de la literatura española*. III. Barcelona: Gustavo Gili.

Fecha de recepción: 4 de abril de 2011

Fecha de aceptación: 1 de diciembre de 2011